

las vanidades? ¿De qué os aprovecha ese lujo en el traje, esa altanería en los modales, esa licencia en las conversaciones? ¡Ah, hijos seducidos! cerrad los oídos á las perversas enseñanzas de la tierra, é imitadme á mí, que soy vuestro modelo, vuestra guía, vuestra Madre amorosísima. Vuestras vanidades han de tener fin algún día; vuestro orgullo será pasto de los gusanos; vuestras palabras serán pesadas en la tremenda balanza de la justicia divina. Pero ¿y vuestras almas? ¡Ah! vuestras almas sufrirán por toda la eternidad la pena de vuestro orgullo, el galardón de vuestras vanidades, la condenación de vuestra licencia.....

Mas ¡ay! no sea así ¡oh Madre piadosísima! Vos, más bien que amenazar á vuestros queridos hijos con el último suplicio, reservado para los vanidosos y soberbios; Vos, repito, hacedlos dignos de Vos misma y de vuestra amistad. Infundid en nuestros corazones el desprecio de las vanidades de las mundanales grandezas; amaestrádnos en la humildad de la conducta, en la santidad del trato y en la custodia del corazón; purificad nuestras lenguas, santificad nuestras palabras, hacednos, en una palabra, verdaderos ejemplos de modestia y de virtud. Adornádnos con los ornamentos celestiales, de suerte, que nos sirva de candor nuestra sencillez, de color sonrosado nuestro pudor, y brille en nuestros ojos la modestia; sean gratos nuestros labios por el silencio, adórnense nuestras cabezas con el yugo de Jesucristo, y cúbranse nuestros miembros con la túnica inconsútil de nuestra Religión y con el sedoso manto de la probidad. Y entónces, siendo también nosotros místicas Viuditas, ostentaremos en nuestras frentes en los espirituales jardines, la señal con que se distingue á vuestros hijos y vuestros verdaderos devotos.

DIA SEXTO.

LA MARAVILLA,

Ó SEA:

LA PRESENCIA DE DIOS.

Ambula coram me, et esto perfectus.
Camina delante de mí, y sé perfecto.
(GEN. XVII, 1.)

Á la manera que una aurora naciente se levanta magestuosa desde la cumbre de un monte, para recorrer los inmensos espacios del cielo, hasta llegar á colocarse en el centro del firmamento, y desde allí, inundar con su luz toda la redondez de la tierra; del mismo modo, desde el monte de los Olivos, elevóse el Redentor, y se dirigió con raudo vuelo á las esferas del Empíreo. Circuido de esplendor, lleno de majestad y coronado de gloria, viéronle los apóstoles y los discípulos, y le contemplaron como si su cuerpo fuera leve pluma y aura lijerísima, desplegando, majestuoso, sus doradas alas, surcando los aires, atravesando nubes, penetrando en el Empíreo, y volviendo glorioso á aquel trono, del cual anonadado, abatido y en la forma humilde de siervo, descendiera un día para la redención del mundo.

Entre la multitud de los asombrados discípulos, acompañada de las devotas mujeres, le contempla también su Santísima Madre, le sigue inmóvil con la vista, y le acompaña con la afectuosa expresión de sus miradas. Mas ¡ay! que una nube le arrebató al encanto de su alma, le oculta á las delicias de su corazón, le cubre enteramente con un velo á sus ojos.

¡Oh, Madre! ¿será posible que, desde hoy en adelante, te hayas de ver privada de la vista de tu Hijo? ¿No has de tenerle más presente ante tus miradas? ¿No has de poderle estrechar más contra tu amoroso seno? ¿No has de gozarle ya en la contemplación de su innata belleza? ¡Ah! muy al contrario, mis amados cristianos; Jesús estará

siempre presente á las miradas de su Madre Santísima, y como hijo el más hermoso, estará siempre entre sus brazos amorosos: María se gozará todo el día en él, todo el día será feliz entre sus divinos abrazos.

¡Oh Maravilla afortunada! tú, que vas esta noche á darnos la prueba de ello! ven con aire de confianza y de triunfo; ven, y revélanos claramente las maravillas de tu belleza, los arcanos de tu voz, los misterios, los sorprendentes misterios de tu mudo lenguaje.

Esa es una flor, mis amados hermanos, que por su incesante renovación en los primeros días de cada mes, fué llamada por los antiguos flor de las Calendas. Su tronco, como sabéis, es recto, muy poco provisto de ramas, esbelto, y cubierto de hojas. Estas son variadas, sinuosas y puntiagudas en sus extremidades, á manera de espoleta, ó rayadas. Su cáliz place por la sencillez de sus formas y por la igualdad de sus hojas. Sus flores os encantan porque las veis solitarias en el talle, brillantes, bellas por su configuración, y admirables por su colorido. Aquella linda semi-florección, que se levanta en medio de ellas, y las demás que la rodean, cautiva vuestros sentidos; aquel delicado matiz de violeta, aquel color amarillo suave, aquella tinta blanca que hace resaltar la viveza de colores, atrae vuestras miradas; al observar que abre su cáliz cuando la luz del día viene á iluminar la tierra, y que repliega todas sus hojas como si se concentrara en sí misma, apenas la noche empieza á extender su manto, os causa la más profunda admiración...

Empero; ¿por qué motivo yo observo, que esa flor cambia á cada instante de aspecto? ¿Por qué noto en ella, desde la mañana á la noche, una nueva dirección, como si quisiera imitar el movimiento de los astros y el curso de los planetas?

¡Ah, mis amados hermanos! el continuo movimiento de esa flor es el efecto de la continua necesidad que experimenta de volverse hácia el sol, al cual sigue desde su salida hasta su puesta. Es ese un movimiento misterioso, que viene á simbolizarnos el estudio de María, la cual, privada de poder contemplar á su santísimo Hijo con los ojos del cuerpo, por la Ascension del mismo, le seguía con los ojos de la fé, y le buscaba solícita en todos los seres, y le tenía presente, cual verdadero sol de justicia, y le veneraba y bendecía en todos los instantes de su vida.

Y dichosa Ella, que en esa divina y continuada presencia hallaba el medio más adecuado para la santificación de su alma. ¡Ah! si es verdad que nosotros somos sus verdaderos devotos, imitémosla, pues; tengamos á Dios presente en todos los instantes de nuestra vida, y alcan-

zaremos la santidad de nuestro corazón. Esa divina presencia será la que removerá los obstáculos que se oponen á nuestra santificación; esa será la que nos hará accesible el sendero que á la misma conduce. Prestad, prestad, mis amados cristianos, á mis palabras toda vuestra atención. A. M.

No espereis ahora de mí, que, entrando en teológicas discusiones, me proponga manifestaros de que manera el Altísimo, con su infinita omnipotencia, existe en todo tiempo y se encuentra en todo lugar. Iluminados por la fé, todos nosotros sabemos ya, que Dios se halla presente en todas las cosas, y presente, no con una mirada que ve los objetos de lejos, sino con su propia naturaleza, en la cual, según nos enseña el Apóstol, nosotros existimos, vivimos y nos movemos. Guiados por la razón, todos conocemos, que esa divina omnipotencia es tan absolutamente propia del Altísimo, que, sin ella, dejaría de ser aquel ente único singular y perfectísimo. Mas, una y otra nos hablan bajo un velo tan misterioso y oscuro, que nos hace imposible enteramente el conocer su naturaleza y explicar el arcano.

Acatando, pues, lo que la fé nos enseña, pasemos adelante, mis amados hermanos; y más bien que considerar la divina presencia en todas las cosas como un atributo de la divinidad, considerémosla como un hábito de nuestro entendimiento, por medio del cual nos sentimos movidos continuamente á reconocer al Altísimo presente ante nuestras miradas; presente, para observar con atención nuestras acciones; presente, para excudriñar los secretos de nuestro corazón; y presente, por último, para tomar exacta cuenta de nuestra conducta. Y esa divina presencia, vuelvo aquí á repetirlo, es el medio más fácil para obtener la santificación de nuestras almas; y lo es, principalmente, porque nos desembaraza de cuantos obstáculos suelen impedir la.

¿Cuáles son, mis amados hermanos, los obstáculos que pueden oponerse á nuestra santificación? Las culpas y los pecados; la tibieza de nuestra alma, la disipación de nuestro corazón, nuestro apego á las cosas de la tierra. Habiendo nacido todos con la marca de la infamia, inclinados al mal desde nuestra adolescencia misma, débiles por una naturaleza viciada en su origen y en su mismo tronco; harto expuestos nos hallamos á las caídas, y á manchar nuestras manos en el cieno de nuestras propias iniquidades. El demonio, que no cesa ni un instante de combatirnos; el mundo, que siempre tiene dispuestos sus lazos; y la carne que, rebelde al espíritu, no puede sufrir su dominio, nos sorprenden, nos persiguen y nos rodean; y nosotros, por desgracia, nos damos por vencidos á sus plantas, y nos convertimos en vic-

timas de su furor. A veces, nuestra alma llora por tal motivo; quisiera sustraerse á su yugo; mas le faltan las fuerzas, el valor, la eficaz resolucion. Empero, si eso sucede al alma, la culpa de ello es enteramente suya. La fuerza, el valor, y la eficaz resolucion no le faltarian, ciertamente, si tuviera siempre su mirada fija en el Señor. ¿Por qué, pregunta el Salmista, las sendas del hombre son torcidas en todo tiempo? Porque, como él mismo contesta, no tiene á Dios presente ante sus miradas. *Non est Deus in conspectu ejus* (Ps. ix, 26).

¿Y fuera posible, por ventura, que el hombre cediera á la tentacion, y contaminara su alma con la mancha de la culpa, si pensara continuamente, en aquel Dios que le está contemplando, y le contempla para juzgarlo, y que debe juzgarlo para castigarle? ¿Sería, acaso, posible, que el hombre pudiera dar asilo en su corazon al mónstruo horrible del pecado, si no olvidase que, aún en su interior, se halla presente su Dios? ¡Ah! ¿no nos asegura San Jerónimo, que el recuerdo de Dios nos libra, con seguridad, de toda culpa del alma? *Memoria Dei excludit cuncta flagitia* (IN EZECH. XXII, 12.)

¿Y qué dice, en realidad, el pecador, en los momentos en que, dejándose arrastrar por sus pasiones, se aparta de la ley santa de Dios? No hay quien me vea: *non est qui videat me* (Is. XLVII, 10). Y ese es el grito del impúdico en el acto en que, colocándose al nivel de los irracionales, llega, en cierto modo, á convertirse en uno de ellos: *non est qui videat me*. Y lo mismo repite el avaro, cuando, en lo recóndito de su corazon, está maquinando nuevos artificios para despojar á su cliente, para sumir á la viuda en la miseria, con la mira de enriquecerse chupando la sangre del pobre y del desvalido: *non est qui videat me*. Y lo mismo va diciendo el orgulloso, cuando se reviste con el aire modesto de la hipocresía, para alcanzar más elevadas distinciones, la veneracion y los homenajes: *non est qui videat me*. Y el calumniador, al desacreditar la fama agena, añade: *non est qui videat me*. Y el émulo, que procura denigrar solapadamente á sus competidores, exclama: *non est qui videat me*. Y el hombre vengativo, que en las tinieblas prepara ó ejecuta sus atroces venganzas, está gritando tambien: *non est qui videat me*.

¡Insensatos! ¡ah! si recordarais entónces, que hay, sin embargo, alguno que os ve, que es vuestro Dios, ¿cometeriais, acaso, vuestras indignidades? Y si siempre que estais hojeando algun libro obscuro pensarais, que vuestro Dios está presente, ¿proseguiriais, por ventura, en su lectura? Y si cada vez que os complacéis en los pensamientos indignos que cruzan por vuestra mente, os acordaseis de vuestro Padre, que reina en los cielos, ¿pudierais, acaso, dar pábulo á tamañas

maldades? Y si siempre que cubris vuestros cuerpos con vanos adornos, pensaseis que con ellos os presentabais delante de vuestro Dios, ¿cómo fuera posible, que no os avergonzaseis de vuestra propiedad y de vuestro orgullo?

¡Ah! confesémoslo, pues, mis queridos hermanos; el único medio para preservarnos de la culpa, y para vencer el único obstáculo que puede impedir nuestra santificacion es la presencia de Dios. Perdido, y perdido miserablemente es, el tiempo que no santificamos con ese ejercicio; nulas aquellas obras, por no decir pecaminosas, que son ejecutadas sin Dios en la memoria y en el corazon. El resistir á las tentaciones, el superar los obstáculos, la fuerza para vencer á los enemigos, y el cantar victoria en los prolongados y difíciles combates, todo eso, es obra de Dios, el cual, segun nos lo advierte el Salmista, está á nuestro lado para que no sucumbamos: *à dextris est mihi ne conmovear* (Ps. xv, 8). Mas, si nosotros no procuramos imitar al mismo Salmista, que decía: *providebam Dominum in conspectu meo semper* (IBID), sucumbiremos indudablemente. Viva-mos en la presencia del Señor: sea este el grito de nuestro corazon, y ese grito será el remedio de nuestra debilidad.

Y aún suponiéndonos exentos de toda culpa, aún cuando, estando confirmados en gracia, pudiéramos eliminar de nuestro pensamiento el temor siquiera de cometerla; ¿no nos fuera, acaso, necesario y provechoso el caminar en la presencia de Dios? De ello nos da fé, mis amados hermanos, nuestra Santísima Madre. Donde quiera que vosotros la contempleis, bien sea en su propia morada, ó en el Templo, en Nazareth, ó en Egipto, ó ántes, ó despues de la muerte de su Hijo, se aparecerá ante vuestros ojos cual misteriosa Maravilla, absorta continuamente en la contemplacion de su Dios. En la casa paterna, siendo aún tierna niña, que no contaba más allá de tres años, oídla prorumpir, de vez en cuando, en las más fervorosas deprecaciones hácia aquel Dios, del cual ya se sentía prevenida con la abundancia de su gracia. Y como quiera que las paredes del hogar doméstico, la presencia de sus padres, y la afluencia de los amigos, que acudían de todas partes para admirar la modestia de su rostro, el candor de su mirada, y la santidad de su vida, le sirvieran de impedimento para la concentracion de su espíritu, y distrajeran su alma del pensamiento de Dios; Ella, con un generoso desprendimiento, por un impulso de la más ardiente caridad, huyó de la casa paterna para encerrarse en el Templo santo de Dios, persuadida de que allí podría prolongar y repetir con más facilidad sus coloquios con el Altísimo.

Y ¡ah! quién supiera deciros, amados hermanos, con qué llamas de

amor, María, encerrada en el Templo, volvía continuamente su mirada, cual cándida y dorada Maravilla, hácia su Padre, hácia su Esposo, hácia su futuro Hijo, hácia su bien, hácia su todo? Ante la incesante contemplacion del Templo, ante la presencia del Arca santa de Dios, con su continuo consorcio con los sacerdotes y con los sagrados ministros, ¡ah! su espíritu de tal manera uníase con el Señor, que no había un solo momento de su vida en el cual Ella no le recordara, no le invocase y no le adorase.

Ella salió, finalmente, del Templo; mas no por eso su pensamiento dejó de pensár ménos en el Altísimo; y de ello dió las más luminosas enseñanzas en la casa de Isabel, cuando al ser saludada cual bendita entre todas las mujeres, con un impulso, por decirlo así, espontáneo, dirigió sus pensamientos al Altísimo, y le saludó con un cántico el más maravilloso y sublime.

Si tal hacía, mis amados hermanos, nuestra Madre Santísima, cuando solamente con los ojos de la fé le era dado contemplar á su Dios; decidme, pues, ¿qué no haría Ella, cuando gozándose en la contemplacion del fruto de sus entrañas, tenía á Dios presente ante sus ojos, aún con su propio cuerpo, y le sostenía entre sus brazos, y le sustentaba con sus pechos, y le fajaba con sus santísimas manos, y le tenía por compañero inseparable de sus días dichosos? ¡Ah! imaginaos, mis amados hermanos, toda vez que yo no puedo expresarlo; imaginaos las fervorosas aspiraciones, los amorosos suspiros y las penetrantes miradas con las cuales continuamente le invocaba, ó se dirigía hácia El, sin apartarse nunca de su rostro divino. Y hé ahí de donde dimanaba su continuo perfeccionamiento en la santidad; aquel nunca interrumpido progreso en la virtud; aquel siempre creciente fervor de su espíritu. Así, pues, es bien cierto, mis queridos hermanos, que el continuado ejercicio de la presencia de Dios conduce á un grado de santidad, siempre mayor y más elevado, facilitándonos extraordinariamente su sendero.

No hay porque decir, que el sendero de la virtud es áspero y dificultoso: *arcta via est, quæ ducit ad vitam* (MATTH VII., 14). Para seguir dicho sendero, es necesario sostener una lucha á todo trance y prolongados combates; es preciso luchar contra la naturaleza, que á ello se niega; luchar con las pasiones, que ciegan nuestros ojos; luchar con la carne, que se muestra recalcitrante. Y esa lucha es lucha de violencia; violencia para trepar á los escabrosos montes; violencia para superar los dificultosos pasos; violencia para hacer frente á los más terribles ataques. Mas no desmaye vuestro ánimo, mis queridos hermanos. ¿No habeis observado, alguna vez, en los árdulos trances, el

valor que infunde en el soldado la presencia de su emperador? ¿Habeis notado cuánta fuerza, arrojo, energía y vigor adquiere dicho soldado con ese mero hecho? El deseo de merecer el aplauso de su caudillo, la esperanza de alcanzar su recompensa y su corona, le animan, le impulsan, le electrizan y le envalentonan, hasta el punto de sentirse capaz de acometer las empresas más arriesgadas, de hacer los esfuerzos más extraordinarios, y de alcanzar los triunfos más gloriosos.

Otro tanto sucede, mis queridos hermanos, con las luchas del espíritu. ¡Ah! si en el momento del terrible conflicto recordásemos, que nuestro Dios está presente, ¿de qué fortaleza no se sentiría poseída nuestra alma? ¿Cuál fuera la energía de nuestro espíritu, cómo no habíamos de marchar intrépidos por el dificultoso sendero, cómo no habíamos de alcanzar los más brillantes triunfos? Contemplad, mis queridos hermanos, esas almas afortunadas, que cual místicas y espirituales Maravillas, tienen siempre las miradas fijas en el verdadero Sol de justicia. Si la tristeza viene á abatir su ánimo, ellas, dirigiendo un suspiro á su Padre, devuelven á su propio corazón la alegría y la tranquilidad; si viene á asaltar su imaginacion algun pensamiento de desconfianza, una mirada de su Dios las reanima; si alguna distraccion viene á perturbar su conciencia, una aspiracion hácia su Dios las saca de su propio abatimiento. Y cuando el amor propio ofendido, les echa en cara sus propias humillaciones, ellas, mirando á Dios, lo tienen á raya; y cuando las pasiones se rebelan á causa de sus mortificaciones, ellas, invocando á su Dios, las reducen á servidumbre; y cuando la carne se opone á sus no interrumpidas oraciones y á sus prolongados ayunos, ellas, acudiendo á su Dios, la mantienen enteramente sujeta bajo su dominio. Y esas almas, una vez vencedoras de sí mismas, ¿quién fuera capaz de deciros, mis amados hermanos, los maravillosos efectos que se van produciendo en ellas en presencia de su Dios?

¡Oh! qué llamas de amor corresponden á tales miradas! qué protestas de la más sincera sumision! qué esperanzas tan ardientes se excitan en su corazón! De ahí toma vigor la fortaleza de su ánimo; de ahí dimana la templanza que se nota en su manera de vivir; de ahí el incremento que adquiere la probidad de su corazón. Esa mirada hace la tierra despreciable ante sus ojos; esa mirada les representa como verdadero lodo las riquezas; por esa mirada, en fin, no alimentan en su interior otros deseos que los deseos del cielo. Ni pudiera suceder de otra manera, bien podeis creerlo. Ten á Dios en tu entendimiento y en tu corazón, está escrito en los Proverbios, y Él mismo enderezará tus pasos: *Ipsè dirigit gressus tuos* (PROV. III, 6). Y el Pa-

triarca de los creyentes había oído repetir: Tú llegarás á ser perfecto, sin duda alguna, si caminas en mi presencia: *Ambula coram me, et esto perfectus* (GENES. XVII, 1).

Y en realidad; ¿por qué medio pudo nuestra Madre, María, alcanzar tal grado de santidad? ¡Oh! lo alcanzó, precisamente, porque cual mística y deliciosa Maravilla, continuamente fomentaba en su interior la memoria de Dios. En todas las cosas parecíale ver á su Amado; y de ahí, que en todas las cosas hallara un nuevo estímulo para el fervor, la santidad y la justicia. Reconociále como Padre en las flores del campo, en los astros de que veía adornado el firmamento, en los esplendores que observaba brillar en la tierra, en los céfiro, cuyo soplo sentía en su rostro con suavidad; en las aves, cuyos melodiosos conciertos oía con embeleso; y Ella se representaba á Dios como juez en las profundas tinieblas de la noche, en las asperezas de los montes, en el despeñamiento de los torrentes, en la impetuosidad de los vientos, en el relampagueo de la tempestad, en el retumbar del trueno y en el serpenteo de las centellas. Y cual Maravilla, abierta á la luz del día, Ella amaba á Dios en las flores, le admiraba en los astros, le reconocía en la luz, le bendecía en los céfiro, y le ensalzaba en los aires: y luego, en la Maravilla cerrada, por la privación de la luz, en las noches le temía, en los montes le adoraba, en las aguas le invocaba, en los relámpagos, en los truenos y en las centellas aplacaba su rigor. Y de ahí, que las divinas inspiraciones se sucedieran de continuo en su alma; de ahí, sus no interrumpidas protestas de ser la sierva humilde de su Señor. Si Ella atendía á sus quehaceres domésticos, tenía á Dios en su boca; y si á la oracion y á la meditacion, tenía á Dios en su corazon. No había temor alguno que de Él se alejase, toda vez que le estaba siempre llamando; no había cuidado alguno que de Él se desprendiera, puesto que de continuo le abrazaba; no había peligro alguno que le perdiese de vista, ya que no cesaba nunca de buscarle. Ella le buscaba; pero, le buscaba en su interior mismo, porque estaba segura de encontrarle allí; Ella le encontraba; pero, no le encontraba lejos de sí misma, porque en su propio corazon le poseía; Ella le poseía; pero no le poseía distinto de Ella misma, porque la continua contemplacion la había, por decirlo así, identificado con Él.

Y ¿por qué, pues, mis queridos hermanos, no hemos de apelar, por nuestra parte, á un medio tan fácil para alcanzar nuestra propia santificacion? ¿Hay, por ventura, momento alguno, en que dejemos de experimentar en nosotros mismos las bondades del Altísimo? Siendo ello así, dice San Ambrosio, no debe tampoco haber momento

alguno, en que no le tengamos en el entendimiento y en el corazon; en el entendimiento, para conocerle; y en el corazon, para amarle: en el entendimiento, para reconocerle como juez; y en el corazon, para amarle como Padre. Reconociéndole como juez, nos precaveremos de la culpa, y desaparecerán todos los obstáculos para nuestra santificacion; reconociéndolo como Padre, adelantaremos rápidamente por el sendero de la virtud; y ese sendero, tan dificultoso, estará para nosotros llenos de suavidad y de dulzura.

¿Qué es, pues, lo que detiene nuestros pasos? ¿Será, por ventura, lo árduo de la empresa? ¡Ah! mis queridos hermanos; nada hay más fácil. ¿Qué cosa existe sobre la tierra que no nos hable de Dios? ¿Qué objeto no es capaz de despertar en nuestro corazon su recuerdo? ¿Acaso no pudieran servirnos para ello, la contemplacion del día y de la noche, la tierra y los mares, la luz y las flores, las aves y las fuentes, y, en una palabra, todo cuanto nos rodea, todo cuanto nos alienta, todo cuanto arrebatara nuestros sentidos, aún á pesar nuestro? Dios me ve; yo os amo, Dios mío; ¡Dios mío! socorredme: esas jaculatorias bastan, mis amados hermanos, para excitar en nuestro interior la presencia de Dios: basta repetir las, para alcanzar con plena seguridad la salvacion, el reposo y la santidad de nuestro corazon. ¿Pudiéramos permanecer sordos á tal llamamiento, mis queridos hermanos?

No lo permitais ¡oh Madre nuestra santísima! Desde este punto mismo, empezamos ya á repetir dichas palabras, con el firme propósito de pronunciarlas continuamente, hasta los últimos instantes de nuestra vida. Cual espiritual Maravilla, que siempre tiene el semblante vuelto hácia el sol, Vos no cesasteis un solo momento de contemplar á vuestro Hijo santísimo; de tener el pensamiento fijo en vuestro Esposo celestial; y de invocar á vuestro Padre amorosísimo. Y ¿por qué no habíamos nosotros de poder imitaros, nosotros, que nos gloriamos de ser vuestros hijos y devotos? Hallándonos siempre, como nos hallamos, en presencia de nuestros implacables enemigos; rodeados sin cesar de innumerables obstáculos, ¿pudiéramos, acaso, cantar completo triunfo, sin pensar jamás en nuestro Padre, en nuestro altísimo Dios? Siendo débiles por una naturaleza contaminada con la culpa; ¿pudiera, acaso, nuestro cuello sufrir el yugo de la virtud, si el ánimo conturbado no recordara aquel Dios, que dá fuerza con su mirada, valor con su voz, y auxilio con su diestra? ¡Ah! sobrados motivos tenemos para confesarlo ¡oh Madre nuestra santísima! la presencia de Dios es el único medio para destruir el imperio de la culpa, para establecer en el alma la perfeccion, la

santidad, la virtud. En el engaño en que hemos vivido hasta ahora, nosotros hemos olvidado completamente tal medio; mas hoy, hemos resuelto hacer uso de él en todos los días de nuestra existencia. Perfeccionad Vos, pues, nuestras promesas, haced que perseveremos constantes en ellas, para que ellas redunden en nuestro provecho y en nuestra utilidad.

DIA SÉPTIMO.

LA AZUCENA,

Ó SEA:

LA CASTIDAD.

Florete flores quasi liliū, et date odorem.

Floreced como azucenas, y despedid fragancia.

(ECCL. XXXIX, 29.)

El hombre, mis queridos hermanos, es, entre todos los seres terrestres que salieron de las manos del supremo Hacedor, el más perfecto y sublime; y siendo el señor de lo criado, lleva impresa en su frente misma la señal de su propia grandeza, y contempla sometidos á su imperio los seres que le rodean; unos para conservar su vida, otros para restaurar sus fuerzas, éstos para reanimar su espíritu, aquéllos para ejecutar sus mandatos; el hombre que con la muda palabra de su elocuente aspecto, está diciendo á cada paso, que es grande, y recibe por tal motivo los homenajes de la naturaleza entera, que nunca se cansa de admirar la nobleza de su frente, el brillo de su mirada, y la majestad de su porte; ¡ah! ese hombre, hermanos míos, no titubeo en decirlo; bien puede levantar más arriba sus miradas, bien puede aspirar á más sublime grandeza. Siendo grande en esta tierra, donde todo es apariencia y mentira; puede

sobreponerse á estas bajas regiones, remontar el vuelo de su pensamiento al Empíreo, y allí, colocado enfrente de las angélicas gerarquias, imitar su gloria, superar su grandeza, y alcanzar sus honores. ¿Lo teneis bien entendido, mis amados hermanos?

Pues bien; id recorriendo el jardín de María. ¿Veis aquella flor que, descollando sobre todas las demás, parece ejercer imperio sobre todas ellas? Dicha flor ¿acaso no la distinguís por su madeja de anchas hojas que, inclinadas unas sobre otras con gracia, y apretándose entre sí parecen formar un trono el más precioso y elegante? ¿No reparais aquel precioso racimo, que irguiéndose sobre su largo tallo, desplégase á su debido tiempo, en un cáliz del más brillante candor; y aquellos dorados estambres, que viniendo á dar realce á los blancos pétalos, impregnan el ambiente con los más celestiales perfumes? ¡Ah! sí; la tal flor, bien claramente la reconocéis, hermanos míos; es la Azucena, la cándida Azucena, la reina de las flores, el ornato, el decoro de los más floridos jardines. ¡Oh! con cuánta donosura se levanta un tanto inclinada en torno de su tronco, casi en ademán de pedir y de obtener los homenajes de la naturaleza entera! ¡Oh! cuánto más bella aparece en comparacion de las demás florecillas que la circundan! ¡Cómo se atrae las miradas y la admiracion de todas ellas!

Hé aquí, pues, hé aquí, repito, mis queridos hermanos, la flor que hace al hombre superior á sí mismo, que le eleva de esta baja esfera, que le dirige hácia los floridos senderos del Paraíso, que le asemeja á los mismos ángeles, que le hace mil veces más digno de admiracion y de gloria que ellos mismos. Hé aquí la flor que con tanta lozanía se ofrece esta noche á nuestra contemplacion en el jardín Mariano. Observad, desde luego, el candor de sus pétalos; y allí, en aquel rocío del Paraíso, aquellos dorados estambres, que tienen su raiz en aquel corazón sacratísimo; aquellas oleadas de perfume, que salen todas de aquellos modestísimos ojos. ¡Oh! cuán hermosa es! de qué manera tan poderosa cautiva nuestras miradas! con cuánto imperio reclama nuestra atencion! Detengámonos, hermanos míos, en contemplarla atentamente. María nos llama á tal consideracion.

Esta noche, en la que voy á tratar de la santa pureza, tomando por ejemplo la Azucena terrestre y material, sepamos reconocer, que es una flor la más bella y sublime, digna, por lo mismo, de nuestro mayor aprecio; reconozcamos, repito, que esa es una flor linda y agraciada, acreedora, por lo tanto, á la más fiel custodia. ¡Oh! mística Azucena de los valles! ¡ah! durante esta noche brille en mis pa-